RELACION FUEGO DE DIOS EN EL QUERER BIEN.

DE DON PEDRO CALDERON.

YO no me quiero poner
contigo en ſophiſterias,
porque yà sé, que tu ingenio
ſe ſaldrá con quanto diga,
ſegun la opininion te ha dado
de galante, y eſparcida,
en ocaſiones, que à mì
me ha peſado harto de oirlas;
pero ahora no es del caſo,
eſcuchame por tu vida:
Yo, Angela hermoſa, una tarde,
de las que el Julio fulmina,
herido del Can del Cielo
el Sol, ſus ardientes iras,
à Manzanares ſalí;
ſolo à ſer en ſus orillas
numero añadido à tanto
concurſo, como la piſa.
Iba en un rocìn del campo,
en que diſcurrir podia
à todas partes, ſin que
ſe reſervaſſe á mi viſta
pueſto ninguno de quantos
en derramadas familias,
ò las recata el honor,
ó las guarda la malicia
Aqui cantan, allì baylan,
aquì parlan, allì gritan,
aquí riñen, allì juegan,
meriendan aquì, allí brindan:
País tan hermoſa, y tan vario:
que para ſer la florida

eſta-

ẽtacion de todo èl Orbe;
la mas bella, hermosa, ricá,
solo al rio falta el rio,
mas yá es objeccion antigua.
De sus labirynthos verdes
las entradas, y salidas
penetraba, quando en una
parte oculta, y escondida
á una tropa de mozuelos,
oì, que una muger decia:
Cierta Dama, gentil hombre,
que aqui se baña, os suplica,
que torzais azia otro lado
la senda, por cortesia.
A què venimos nosotros,
respondió de la quadrilla
uno, sino à recoger.
esso, que se desperdicia?
Replicó la muger, y ellos,
sin que el ruego les impida,
r quisieron, yo entonces
ixe: Mucho me admira
vér, q̃ aya hõbres q̃ nieguen,
donde hay mugeres, que pidan,
quien le mete á usted en esso?
dixo con grande mohina
el mismo. Mi obligacion,
respondí, y á toda prissa
dí de los pies al caballo,
y passando por encima
de todos ellos, la espada
en la mano dí ún herida:
à uno, esto no es alabarme,
pues no es mucha valentia
hacer, q̃ huyessen, no haviendo
quiẽ mal hable, quiẽ bien riña.
Muerto soy, dixo el herido,
yo, por si acaso acudia
al ruìdo de las espadas,
ò à sus vozes la Justicia,
irme quise, quando escucho,
que otra muger me decia:
No os ausenteis, Caballero,
porque no serà accion digna
del valor, que haveis mostrado,
dexar solas, y afligidas
en tal lance las mugeres.
Pessame, que inadvertida
mi atencion, dixe, aguardasse
á que vuestra voz le diga
lo que ha de hacer, y dexando
la tienda à una rama assida,
al coche me acerquè, à donde
unas sabanas, prendidas
à las zarzas, que havia cerca,
tienda de campaña hacian
á una Deydad, que ni bien
desnuda, ni bien vestida,

la

la prisa le embarazaba
para no adornarse aprisa.
Bien quisiera yo pintarte
de su hermosura divina
algun rasgo; pero en vano
mi lengua lo solicita.
Assi, Angela porque el ayre
con ningun color se pinta,
como porq̃ aunque huvo tiẽpo
de verla, no de advertirla;
pues apenas me sintiò,
quando (ay de mi!) fugitiva
desde la estancia al estrivo
corriò echando la cortina,
bien como exhalacion breve,
que al ir dexando la linea
de sus centellas, apenas
es luz, quando no es ceniza:
si bien por presto, que quiso
ser mirada, y no ser vista,
no me dexó de dexar
dos señas por quien seguirla;
pues en el ayre el cabello,
hebras tremolando rizas;
pues en la tierra la planta,
huellas dando mal distintas,
aquel lo abrasaba todo,
todo esta lo florecia:
siendo en las cifras del fuego,
y de la hierba las cifras,
caracteres para mi,
lo que abrasa, y lo que pisa.
Entróse, pues, y á este tiempo
el cochero, que no havia
parecido en la pendencia,
costumbre en ellos antigua,
recogiendo los despojos,
apenas tomò la silla,
quando, como yá era huir,
lo hizo con notable prisa.
A quatro passos, mezclados
con las tropas infinitas
de otros coches, no huvo quien
nos conozca, ni nos siga.
Llegamos, pues á Madrid,
donde ya convalecida
de todo el susto la Dama,
con mil corteses caricias,
al socorro se mostrò
afable, y agradecida,
dando nombre de fineza
al caso, ò à la dicha.
Mandòme, que no siguiesse
el coche, y aunque rendida
el alma, diò la palabra,
no pudo el amor cumplirla.
Dí el caballo à Celio, á pie
seguì sus luzes divinas,

hasta

hasta que supe quien era,
tomando desde otro dia
por tarea de mis ansias,
por labor de mis fatigas
solo adorarla: y al fin,
ha podido la porfia
de mis postrados afectos,
de mis finezas rendidas,
que no las desfavorezca,
yà que no las admita:
neutral conmigo, ni bien
afable, ni bien esquiva,
se conserva, sin que sea
mi amor lastima ni invidia.
En este tiempo (ay de mi!)
quiso la ventura mia,
que ganasses su amistad
allà no sé en que visita,
conservandola despues
el ser las dos tan vecinas;
y supuesto, que los Cielos
tanto, hermana, facilitan
los medios, por donde pueda
mi fee adorarla, y servirla,
te ruego, que en mí la hables,
y de mi parte la digas,
en orden à su respeto,
quanto es mi esperanza digna
de sus favores, pues siendo
tu instrumento de mis dichas,
podrá ser, si no me engaña
el deseo, que algun dia
venga á verte, como hermana,
quien hoy viene, como amiga.

FIN.

Impresso en Cordoba: En el Colegio de nuestra Señora de la ASSUUPCION.